

BERNÁRDEZ, Enrique 1999: *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Alianza Editorial (383 pp).

En el mundo académico de hoy en día, tan fragmentado y tan "microcósmico", donde uno se pierde en la barahúnda de congresos, simposios y demás sobre temas muy diversos; en la pléyade de publicaciones, tanto en forma de libro como de artículo en publicaciones periódicas (también abundantísimas) sobre temas muy puntuales y específicos... en un mundo así, repito, es un auténtico placer encontrarse con un libro como éste, el más reciente de Enrique Bernárdez hasta la fecha en que escribo.

¿Qué son las lenguas?, dice su autor, es "un paseo por algunos temas lingüísticos... que pueden resultar de interés para quienes no tienen nada que ver con esa disciplina" (17). Tiene razón: a los amigos no lingüistas a los que se lo he prestado les ha gustado mucho. Pero es que el libro me ha resultado apasionante a mí, y a otros profesionales del lenguaje y las lenguas de varia condición e índole. Rara virtud, pues, la de una obra que gusta a profanos y especialistas. Tengo para mí que unos y otros le han encontrado parecidos alicientes, a saber:

Aliciente número uno: tal paseo ha permitido recuperar en toda su frescura un viejo placer (el primer anzuelo con el que se nos "pescó" a mí y a muchos de mis colegas para este oficio): el gusto por las lenguas y el lenguaje, aquello que nos hacía disfrutar en la escuela, y también más tarde, de las distintas asignaturas: lenguaje, inglés, francés, latín... Aquello que nos convierte en "curiosos impertinentes" en cualquier lugar donde se hable una lengua que no conocemos, o que nos hace detenernos ante un humilde cartón de leche con textos en "las cuatro lenguas del Estado" y no parar hasta que averiguamos, no ya el significado de los términos más opacos, sino, sobre todo, estructuras, géneros, casos, recciones...

Proporciona Bernárdez muy abundante material para esta afición, que, como todo "hobby", no necesita de mayores motivos que el mero gusto por practicarla, aunque sea profesionalmente: desde la azarosa pronunciación de los "clicks" de las lenguas khoisan ("dts`kx'la" es una de las más fáciles) hasta el breve curso de navajo o la tabla comparativa de las lenguas polinesias. Hay también valiosa información sobre las lenguas más habladas

del mundo (y sobre las menos), sobre "sitios" de interés en Internet, sobre las corrientes más significativas de la lingüística contemporánea. Todo ello, en un estilo claro, con un tono coloquial y un punto irónico (tan de mi gusto), transitando por "algunos temas de interés" que, y aquí está la gracia, son, precisamente, los más importantes, los de mayor actualidad, los más debatidos, y aquellos a los que, con toda probabilidad, se acabará dedicando el más importante esfuerzo investigador en el futuro (aliciente número dos).

La obra no es, pues, una mera acumulación de curiosidades y saberes: es, en efecto, una obra general sobre el lenguaje y las lenguas; ese carácter general es otra de las características que hace tan placentero el encuentro al que me refería en el primer párrafo (aliciente número tres). A lo largo de 11 capítulos y cuatro apéndices, el libro plantea preguntas como: ¿Cuántas lenguas hay y por qué? ¿Qué sucede con las lenguas al pasar el tiempo? ¿Hay lenguas mejores y peores? ¿Cómo y por qué aparece el lenguaje y para qué sirve? ¿Por qué cambian las lenguas? En la búsqueda de respuestas se trata también de cuestiones terminológicas (por lo común, espinosas), del lenguaje y su relación con el cerebro, de los piyin y los criollos, de la vida de las lenguas y su variedad...

Todo el material está firmemente cosido a lo largo de una clara argumentación que puede resumirse en lo siguiente: el lenguaje humano es una capacidad cognitiva (apasionante, si no, no nos dedicaríamos a ella: parte del encanto del libro es la capacidad del autor de transmitir lo que disfrutó escribiéndolo -aliciente número cuatro-) de la que vamos sabiendo un tanto y de la que nos queda por aprender bastante más (aliciente número cinco). Pienso que si hemos avanzado y si queremos seguir avanzando, la clave no está en el interés y la pasión que pongamos en nuestro trabajo, los cuales, como a los soldados el valor en la antigua "mili", se nos suponen a todos, sino en que nos acerquemos a nuestro objeto de estudio de la misma forma que se acercan a los suyos las demás ciencias dignas de tal nombre: libres de todo tipo de prejuicios, con un bagaje epistemológico serio, y una multiplicidad de perspectivas (si antropólogos, sociólogos, biólogos, neurólogos... toman el lenguaje como cosa suya, hemos forzosamente de concluir que malos lingüistas seríamos si no tuviéramos como cosa nuestra mucha parte de las ciencias que aquéllos profesan) integradas en una teoría... tal y como hace esta obra: aliciente número seis.

En otro foro convendría tal vez iniciar una reflexión sobre la tipología de las publicaciones académicas, sobre la diferencia establecida al respecto en tantos "papeleos burocráticos" entre "divulgación" e "investigación". Clara en los extremos, como siempre, se complica y difumina en casos como esta monografía, donde la renuncia por un lado, a los razonamientos técnicos complejos y a la investigación sobre un asunto puntual, por otro, a la reducción a un público de especialistas, y por fin, a las iluminadoras respuestas definitivas a las "grandes preguntas" no implica (aliciente número siete) ausencia ni de reflexión original y novedosa, ni de argumentación, ni de compromiso personal con ciertas ideas fundamentales.

Ha sido, como ya he dicho, un placer pasear, detenerse y aprender de todo él; pero la cabra tira al monte, y todo aquello que tenga que ver con el cambio lingüístico me ha interesado muy particularmente. Más aún: la obra en su conjunto está articulada a partir de una perspectiva diacrónica, a mi modo de ver, imprescindible no ya a la hora de comprender, sino de siquiera intentar entender de modo medianamente enfocado, la verdadera naturaleza de todo lo que tiene que ver con el lenguaje; claro que esta afirmación mía puede ser excesiva y mediatizada sin remedio por mi propia orientación académica...

La discusión sobre el número de lenguas existentes es un buen punto de partida: la expresión "dialecto con ejército" ilumina bastante bien la clase de polémicas que todos presenciamos a menudo, y a las que, desde luego en foros públicos, pocas veces se nos invita a participar a los lingüistas¹. Lo mejor de todo, sin embargo, no es el poco caso que se nos hace, sino que los argumentos pretendidamente "lingüísticos" los empleen los legos y seamos nosotros los que tengamos que recurrir a la sociología, la política y la historia para poner las cosas en su sitio y poder, a continuación, dedicarnos tranquilamente a discutir con nuestros colegas de traducción si el Inglés Antigo es, o no, la misma lengua que el Moderno.

Podría emplear con toda justicia la manida frase de "pasma comprobar lo arraigado de algunas creencias respecto al lenguaje". Prefiero, sin embargo, hacer dos cosas. Una, respecto a lugares comunes tales como la supuesta existencia de lenguas y variedades mejores y peores, destacar la muy acertada discriminación (como no podía ser menos en el tono general de la

¹ No somos, desde luego los únicos: queja parecida expresaba estos días un excelente penalista conocido mío respecto a ciertas reformas del Código Penal

obra), entre “igualdad” y “uniformidad” (“que todas las lenguas sean equivalentes en sus respectivas comunidades no quiere decir que no existan diferencias entre ellas” -160-) y el establecimiento claro de juicios de valor cuando es necesario hacerlo: “Lo que sí es ‘hablar mal-hablar bien’ es saber o no saber usar la lengua adecuada a cada situación, a cada contexto, a cada interlocutor” (57). Como Bernárdez tiene la virtud de invitarte a ir más allá en cada página (aliciente número ocho), a una se le ocurre pensar en ciertas variedades muy limitadas y hablantes con serias dificultades para expresarse, sin necesidad de situaciones “piyin”, en las políticas lingüísticas (excelente su argumentación sobre el euskera) que existen y las que podrían iniciarse, en cómo a las Academias de la Lengua, ya que existen, se les podría sacar partido...

Dos, quisiera señalar que la primacía de la descripción sobre la prescripción y la nueva visión sobre el cambio lingüístico son cosas de apenas anteayer en el desarrollo de nuestra disciplina, por lo que la difusión de ciertas ideas entre los legos no debieran extrañarnos. Por ello son y serán necesarios obras como ésta que, además de su razonada desmitificación de tópicos a partir de lo que ya se sabe (aliciente número nueve), muestra los caminos por donde discurre la investigación. La referente a ciertos aspectos del cambio lingüístico, una vez deslindado éste de los aspectos socio-políticos que tienen que ver con la muerte (y aparición) de las lenguas, es la que parece pisar terreno más firme: el concepto de variación como estado natural de las lenguas en tanto usadas por los hablantes y caldo de cultivo, por ello, para dicho cambio, entendido éste, a grosso modo, como las novedades integradas en el sistema, derivadas de la dialéctica entre las conveniencias del hablante y las del oyente.

Tal vez no hubieran sobrado algunas consideraciones más sobre la difusión de tales novedades tanto por las comunidades de hablantes como por las lenguas mismas y los medios de trazar sus itinerarios, pero está claro que no todo puede aparecer y que hay material suficiente, y apasionante, que no podía dejar de estar presente: las nuevas hipótesis, atractivas, pero que, como Bernárdez cautamente señala, necesitan años de andadura para verse verificadas, si es que ello es posible, sobre los pueblos indoeuropeos que concurren desde la arqueología y la genética; esta última, con los mapas poblacionales y migratorios de Cavalli-Sforza; las super-familias de lenguas a

partir de la aplicación de métodos de reconstrucción que llevan al nostrático, na-dene, etc...

Todo ello confluye necesariamente en uno de los grandes interrogantes de la lingüística diacrónica y, por extensión de toda la lingüística: ¿cuál es el origen del lenguaje? No hay respuesta... aún. Bernárdez le dedica el capítulo más extenso de su obra, ahora, en un momento en que la antropología, por un lado, y la neurología, por otro, parecen abrirnos, de nuevo, unos caminos que parecían cegados a desde mediados del siglo XIX por falta de pruebas... sin olvidamos en ningún momento de la nueva mirada sobre los piyín y los criollos.

Todo parece apuntar a un desarrollo conjunto, gradual e interrelacionado de ciertas capacidades que fueron produciendo la llamada especie humana: una morfología corporal, una arquitectura cerebral que se van construyendo, a sí mismas y una a otra, que van creando una determinada fonación, un empleo de las manos... y una capacidad cognitiva tan peculiar, tan plástica en el contexto de la vida en grupo, que se construye en cada nuevo individuo de la especie. A partir de ahí, los términos de debates tan frecuentes como la naturaleza de la relación entre lenguaje y pensamiento, el mínimo básico que define al lenguaje humano frente a otros sistemas de comunicación o la monogénesis o poligénesis del lenguaje sufren una completa redefinición, parece que en el primer y segundo caso estamos hablando de grados en una escala., pero que respecto al segundo... como bien dice Lass, aún en el caso de los estadios o las lenguas supuestamente más primitivos estamos ante fenómenos mucho más sofisticados, esto es, podemos estar hablando de fenómenos de naturaleza radicalmente distinta. Bernárdez afirma que “hay propuestas suficientes, y suficientemente coincidentes, para pensar en un desarrollo general del lenguaje desde lo más pragmático a lo más sintáctico” (221). Sí, pero lo mayor de ese salto cualitativo en nuestra historia como especie está aún por desvelar, y parece que no podremos comprenderlo aislándolo de otras capacidades, intelectuales, tecnológicas y emocionales. “Fascinating!” Aliciente número diez.

Trinidad Guzmán
Universidad de León